

XXVIII Domingo del tiempo ordinario - ¿Con qué estoy vestido?

Dios está preparando una fiesta final para todos sus hijos, pues a todos nos quiere ver sentados, junto a él, en torno a una misma mesa, disfrutando para siempre de una vida plena. Esta fue una de las imágenes más utilizadas por Jesús para sugerir el final último de la historia humana. No se contentaba solo con decirlo con palabras. Él mismo invitaba a todos a su mesa y comía incluso con pecadores e indeseables. Quería ser para todos la gran invitación de Dios a la fiesta final. Nos quiere ver recibiendo con gozo su llamada, y creando entre todos un clima más amistoso y fraterno que nos prepare adecuadamente para la fiesta final.

¿Qué ha sido de esta invitación de Jesús? ¿Quién la anuncia? ¿Quién la escucha? Satisfechos con nuestro bienestar, sordos a todo lo que no sea nuestro propio interés, no creemos necesitar a Dios. ¿Nos estaremos acostumbrando poco a poco a vivir sin una esperanza última?

Solemos desalentarnos ante esta perspectiva y “demonizamos” la actual crisis religiosa, como si fuera una situación imposible para la acción salvadora de Dios. No es así. Dios no excluye a nadie. Su único anhelo es que la historia termine en una fiesta gozosa. Su único deseo, que la sala espaciosa del banquete esté llena con los invitados. Todo está ya preparado. Nadie puede impedir a Dios que haga llegar su invitación a todos los seres humanos.

Por eso ante el rechazo de algunos, mandó a buscar a los que estaban en los cruces de los caminos. Hermosa imagen de aquellos que están en búsqueda, que se saben llamados a algo más que las cosas de este mundo. Los seres humanos, mantenemos intactas las posibilidades de abrirnos al Misterio último de la vida y aceptar la invitación a esta fiesta.

Y aquí aparece el momento que más me interpela. A uno de los presentes. Uno de esos que invitó porque estaba en los cruces de los caminos, en búsqueda. Uno que podría ser yo mismo. A ese le pregunta *“Amigo, ¿cómo es que has entrado aquí sin vestirme de fiesta?”*.

Entonces me pregunto, ¿cuál es el vestido de fiesta con el que espera Dios verme en su banquete?

Y la única respuesta que encuentro es estar despojado de mis desórdenes, despojado de mis pertenencias, despojado de mis intereses de este mundo, despojado de mis egoísmos. Entonces sí podré vestirme de disponibilidad a sus deseos, a sus intereses, a su voluntad, y con la gratitud de un niño al que le hacen un regalo inesperado, aceptar su invitación.

A revestirnos pronto, que la fiesta ya comienza.

¡Buena semana!

Fernando Ianchina

Equipo nacional Red Mundial de Oración del Papa

Argentina Uruguay